

re, se lo conozco. ¡Fuera Ricardo tan bueno como él! A mí no me repugna Angelito, hasta me inspira confianza, y le agradezco mucho que me quiera, pero ser yo su esposa, ¡ah, no, jamás! no le amo, ni creo que pueda amarle.

Quedóse Eva un rato pensativa, sonrióse de repente con maligna sonrisa: había pasado por su mente el pensamiento de corresponder al amor de Angelito, y en tal pensamiento deteníase con morosa delectación. Parecíale que tal correspondencia sería justo castigo de las perfidias de Ricardo; que sería también incentivo para que volviera hacia ella amante y regenerado, y aquella niña de corazón tan bueno elegía para víctima de sus anhelos, á un hombre de bien, que la quería con toda su alma. Mas aquel pensamiento que por algunos instantes tocó con sus invisibles alas, la frente de Eva, huyó precipitadamente al sentir la joven la luz de dos ojos negros. ¡Ah, no; exclamó, pobre Ricardo, si no le olvido, si no podría olvidarle aunque quisiera!

## XVII

Angelito en la trastienda de su casa de comercio de abarrotes, conversaba familiarmente con César; los jóvenes habían intimado una amistad que anteriormente sólo era superficial. Eva y Consuelo fueron el lazo de aquella unión, pues pretendientes de dos hermanas, no tardaron aquéllos en comunicarse sus ilusiones y sus desengaños. Angelito, preocupado con la conversación, no vigila hoy con el esmero de siempre á sus dependientes, y sólo de vez en cuando se asoma á la tienda, y echa una rápida ojeada. Es verdad que sus empleados son muchachos muy listos, mucho más de lo que el timorato joven necesitaba que fuesen, pues no había podido quitarles los artificios que empleaban para pesar las mercancías, de modo que se vendieran siempre mermadas, la costumbre de elegir con admirable discreción á los compradores cándidos que consumiesen las invendibles, ó que recibiesen entre el cambio la moneda falsa, que en la animación de la venta se escapaba á la sagaz mirada de los dependientes, y éstos separaban en un cajoncito para darle oportunamente salida. Sea dicho en honra y gloria de Angelito, que él no autori-

zaba esas faltas, que para sus subalternos, enseñados por codiciosos patrones y empedernidos por los malos hábitos, no eran tales, y para Angelito eran agudísimas espinas que frecuentemente turbaban la paz de su conciencia. En lo que jamás tuvo el joven patrón el menor escrúpulo, fué en engañar al Fisco. ¡Qué iba á tenerlo! Si yo digo la verdad en las ventas y manifiesto con sinceridad mi capital, pensaba, bien pronto los impuestos me obligarían á pedir limosna. Antaño el baluarte del comerciante estaba en el secreto de todas sus operaciones, hoy que nos han obligado á manifestarlo todo, absolutamente todo, nos han dejado por único baluarte la mentira. ¡Caiga sobre los legisladores fiscales tal pecado!

Y Angelito juzgaba que aquellas mentiras, no sólo eran necesarias, sino hasta meritorias, porque defendían la fortuna del hombre trabajador contra lo que él llamaba la insaciable avaricia del Fisco.

Los nombres de Eva y de Consuelo sonaban constantemente en la conversación, y á los suspiros de Angelito respondían las baladronadas de César.

—Yo, decía, no he encontrado hasta ahora, quién me desaire; he tenido muchas novias, y de las más encopetadas: Petra, Juana, Mariquita, Berta y Altagra-

cia. Muchas se me han insinuado antes que yo á ellas; pero esta huérfama vale más que todas juntas. Me parece más guapa y apreciaría su conquista más que las de las anteriores. Hasta le haría el honor de casarme con ella.

—Con el tiempo lo conseguirás todo repuso Angelito.

—Ya lo creo: se está dejando querer para asegurar el golpe. Hace perfectamente, por vida mía. Tengo bien ganada fama de loco, y es justo que desconfíe de mí.

—¡Quién pudiera esperar lo mismo! dijo Angelito después de un prolongadísimo ¡ay! ¡He sido tan desafortunado en amores! No he tenido hasta ahora ni una novia, y he pretendido á siete, por lo menos; pero la verdad es que ninguna me ha fascinado tanto como Eva. ¿Verdad que es muy hermosa?

—Lo es en efecto, y ¿qué dices de Consuelo?

—Es también muy bella.

La verdad es que Angelito permanecía soltero porque, hombre de delicado gusto y de buen juicio, había siempre pretendido á jóvenes de positivo mérito; si él hubiese querido esposa á todo trance, hubieranle sobrado niñas interesables, desesperadas solteronas, guapas viudas enemigas de la soledad, y aun hubiera sido de-

seable marido para muchachas de humilde linaje; pero Angelito dejaba que la inteligencia rigiera al corazón en esta materia, en la que creía, y creía muy bien, que iba la felicidad de esta vida, y el mayor número de veces la de la otra.

Era común opinión entre la juventud de la "creme" de la sociedad zacatecana, á la que Angelito se envanecía de pertenecer, que éste era honrado y laborioso; pero que le faltaba ese atractivo donaire que hace interesantes y simpáticos á los jóvenes de ambos sexos, y ¡oh, error del juvenil criterio! la piedad de Angelito caía muy mal aun á las más virtuosas jóvenes, y muchas veces era en las mundanas reuniones, ocasión de punzantes sátiras. No juzgaban lo mismo las personas de madura edad, para quienes han perdido su brillo los oropeles que atraen las miradas de la insensata juventud; para aquéllas, el honrado comerciante era joven de altísimo mérito. Angelito, á sus reconocidas cualidades, aunaba un capital no despreciable, motivo más para que doña Tula viera con buenos ojos la inclinación de aquél hacia Eva. Don Juan tenía desahogada posición, pero no era rico, y á pesar de que poseía la rara virtud de la ecuanimidad, solía perderla cuando su esposa le pintaba un porvenir en que el oro ven-

cía imposibles. Sabía que los oportunos recursos evitan desazones y mohinas y jamás había pensado en los peligros de la opulencia; ni siquiera se imaginaba que la riqueza pudiese ser peligrosa. La casita que doña Tula había llevado al matrimonio, los ahorrillos de don Juan, lo que Angelito había ganado y lo que aún ganaría, pues era afortunado, laborioso y muy apto para el comercio—si es que en los tiempos que corren la honradez y la aptitud comercial pueden vivir en paz y en gracia de Dios—todo, absolutamente todo, sería para Eva, decía doña Tula entusiasmada, escondiendo el interés tras el baluarte del amor filial. Don Juan, que oyó á su esposa, primero con atención y después con alegría, acabó por ser enteramente sugestionado por ella. Hay que tomar en cuenta que cuando la esposa del señor del Río se empeñaba en algo, se salía siempre con la suya, pues su esposo, con admirable ductilidad, pasaba del no al sí; ora fue se por evitar conyugales disgustos, ora, porque, como decía doña Tula, tenía atole en las venas.

Los pensamientos de la madre de Eva, confiados al padre en el secreto del hogar debieron traslucirse en la faz de aquélla, porque no habían escapado á la mirada de César.

—Tú triunfarás, le dijo á Angelito, tienes de tu parte á doña Tula y á don Juan.

Estupefacto se quedó el enamorado joven á quien, delante de Eva y de sus padres, más que la cortedad de carácter, le cegaba el aturdimiento del amor, y no había llegado ni siquiera á sospechar que sus pretensiones contasen con tan valioso apoyo. Dilatóse el corazón de Angelito con la esperanza; obligó á César á descender hasta los más insignificantes pormenores que fundasen aquella consoladora aserción, y locuaces y alegres, entraron en el jardín de las ilusiones, forjándose las más hermosas para la próxima cena de Nochebuena, que darían el señor Vivanco y su esposa á sus amigos y á la cual asistirían en pos de la anhelada ventura.

---

### XVIII

La sala de la casa de Paquita está rebosante de luz, y el rumor de la alegría sale por las rendijas de los balcones y atrae á los curiosos que se agrupan frente á ellos. El piano, en el que, en otro tiempo recibió Paquita algunas lecciones, y que lo abandonó porque tenía música de sobra con

Mimí y Bebesito, había sido sacudido y afinado la vispera. Paquita había tocado mucho y muy bien, según ella decía; pero estaba algo empolvada, motivo por el cual invitó á Julia para que tocase aquella noche. Julia no era una profesora, ni mucho menos, pero tocaba lo suficiente para poder acompañar á los que esa noche dirigiesen sus tiernas estrofas al Divino Niño. Gustavo recibía á los invitados y Paquita daba la última mano al comedor, colocando en vistosos jarrones los exiguos ramilletes formados con las pocas flores de invierno que pudo conseguir, incluyéndose las de las macetas de casa. Julia dejó sola á Paquita, pues á la inquieta joven atraíanle las reuniones con invencible atractivo; aquellos ojos negros buscaban siempre, como por instinto, víctimas á quienes asañear. Julia no era perversa, tenía excelente fondo, pero como todos los desventurados hijos de Adán y Eva, tenía sus flaquezas. Habíala Dios dotado de simpático rostro y de dos mortíferos luceros que podían dar al traste con la libertad mejor cimentada. Sabíalo ella con plena certidumbre, y había tenido especial delectación en esgrimir aquellas armas contra la humanidad masculina, particularmente contra la juventud, entre la cual contábanse algunas víctimas, á quienes la

inconstancia de Julia trocó en implacables enemigos de ésta. Pero la joven no escarmentaba, cuando decía: voy á "hacer ojitos" á fulano, el incendio y la explosión eran casi siempre seguros. Mas todo esto no impedía que los no agraviados por la graciosa joven, revoloteasen en derredor de ella, con inminente riesgo de quemarse. Uno de los que empezaban ya á sentir los ardores del fuego, era el doctor Fausto Vélez, viudo sin familia, en la plenitud de la edad, con regular clientela, y si no era un Aldonís, ni tenía con éste el más remoto parecido, los desperfectos físicos atenuábalos sobremanera la benévola expresión del rostro. "Mi guapo," le llamaba Julia, no se sabe si por ironía ó por cariño; el doctor sentíase satisfecho con tal mote, pues como tenía la común flaqueza de no saber la estampa que cargaba, creíase guapo de verdad.

Gustavo era muy sociable y en extremo cortés; hallábase como el pez en el agua en todas las reuniones, especialmente si había señoritas. ¡Cuán listo para servirles! ¡Cuán gracioso para conversar con ellas! ¡Cuán fino y hasta original para galantearlas, y cuán dulce y tierno para mirarlas! De soltero había sido tan peligroso para las doncellas, como lo era Julia para los donceles. Le conocía Paquita co-

mo á la palma de sus manos y en la imposibilidad de cambiar un carácter que se desparramaba en constante ebullición, cuidábalo escrupulosamente con celo mezclado de dulce misericordia. ¡Pobrecito, él era así! Hablador, loco; pero las palabras se las llevaba el viento y la locura no llamaba ya la atención de nadie por ser el estado normal del señor Vivanco. Eso juzgaba Paquita, y hay que aceptar su juicio, porque no había prueba en contrario.

Y allí está hoy el señor Vivanco correctamente vestido, peinado como pollito con novia: descúélgase de su lustrosa melena por la todavía fresca frente, una onda coqueta y perfumada, que parece gritar: mírenme.

—Está; usted hoy incomparable, decía á Chole.

—Pero si Chole está incomparable, repuso Julia, ¿en dónde me quedo yo?

—Usted, contestó Gustavo, si fuera al cementerio de la Florida dejaría las tumbas sin cadáveres, pues esos ojos son capaces de resucitar muertos.

—Ya lo sé para cuando me muera, repuso Chole con ironía.

—Mas sucede, continuó Gustavo, que esos ojos que resucitarían muertos no los resucitan y en cambio, matan á los vivos.

¿No me ve usted á mí? Si estoy muerto... ¡Asesina! gritó Gustavo sonriendo.

—Allí viene un muerto, clamó Chole señalando al doctor Vélez.

Gustavo y Julia volvieron el rostro alarmados, mientras Chole corregía la frase, agregando:

—Digo, un muerto, víctima de los ojos de Julia.

El doctor Vélez saludando con una inclinación de cabeza y con un pausado y grave: buenas noches, señores, se presentó en la puerta de la sala. Gustavo corrió hacia él.

—¡Oh, señor doctor! díjole tendiéndole la mano, pase usted, pase usted. ¡Qué gusto de verle en su casa! Es una reunión de confianza; mi esposa ha preparado una modesta cena para ustedes que se lo merecen todo—aquí los ojos de Gustavo se volvieron á todas partes—Yo quería que fuésemos al Casino, pero Paquita opinó de otra manera, y yo sospecho que fué por tener ocasión de ofrecernos esos buñuelos que llama "soberbios" y "humildes," y que saben á gloria, digo, para mi gusto.

—Y que, aunque me esté mal el decirlo, interrumpió Paquita, que al entrar había oído las últimas palabras de su esposo, en Zacatecas los han elogiado mucho.

—Estoy seguro de que merecen tales

elogios, murmuró el doctor saludando á la joven esposa.

Julia y Chole se miraban: la murmuración empezaba por miradas.

—Hijo, hijo, ¿no sabes que viene Luisa Ramos? le he mandado ya tres recados, y en el último accedió á mi súplica. ¡Pobre muchacha! que se divierta. ¿Por qué ha de pagar ella las faltas de su hermano?

—¿Oíste? le dijo Julia á Chole: va á venir la "muchacha."

—¿Qué te extraña? contestó Chole, mi papá tiene dos hermanas setentonas, y cuando las va á visitar nos dice siempre á mamá y á mí: Voy á ver á las muchachas. Y Chole y Julia se rieron alegremente.

Ahora la murmuración reía.

La concurrencia animase de improviso; Bebesito y Mimi, en unión de otros chicuelos, saltan jubilosos: la familia del Río acababa de entrar á la sala, y don Juan y su esposa eran los padrinos elegidos para acostar al niño.

—Ya llegan los padrinos, gritó Bebesito.

—¡Vivan los padrinos! clamó Mimi.

—¡Vivan! contestaron en coro los demás chicuelos.

Gustavo salió al encuentro de los que llegaban, ofreció un brazo á doña Tula y

otro á Eva; y César, que estaba en acecho de la llegada de Consuelo, corrió hacia ella, é inclinándose con garbo, saludó á la niña y le presentó el arqueado brazo, mientras Angelito, con fingida carraspera disimulaba la emoción. Entró también Luisa Ramos, quien habíase unido á una familia invitada. Luisa sonreía, esforzándose por ocultar las penas en lo íntimo del alma. Paquita, que había saludado ya á toda su parentela y besado á las niñas mimadas como llamaba á Eva y á Consuelo, se dirigió hacia Luisa, y le hizo tan cariñoso recibimiento, que aquélla, comprendiendo que era sincero, tuvo que hacerse mucha violencia para que no se escaparan por los ojos las lágrimas que brotaban de su corazón. Aquella ternura de Paquita no había sido, en efecto, estudiada; por natural compasión quería con las manifestaciones de cariño atenuar, si fuese posible, las aflicciones de su amiga.

—Si no has venido, me enojo. ¿Cómo iba yo á pasar esta fiesta sin tí?

Y Paquita acarició con el pulgar y el índice de la diestra la barba de Luisa, quien temerosa de que el reprimido llanto se le escapase contra su voluntad, no pronunció ni una sola palabra.

—Es la hermana del joven tronera que estuvo preso por..... ¡qué sé yo por

qué! dijo una voz femenina en un ángulo de la sala.

—Si viene su hermano, repuso otra, yo me voy.

—Ricardo se iría en casa de.... dijo Chole á Julia.

—De seguro, contestó la joven, si se ha perdido completamente.

Y la murmuración aquí y allá, muerde hasta sangrar.

La familia del Río había entrado á la pieza contigua á la sala, de donde los padrinos habían de hacer su solemne salida con el Niño Dios.

Paquita sentó á Luisa junto á Chole y Julia y fuese con sus tíos.

—¿Cómo te va, Luisa? dijéronle ambas jóvenes, besándole las mejillas. siéntate, ¡qué bueno que hayas venido!

—No tenía ganas de venir, contestó Luisa, pero Paquita se empeñó.

—Hiciste muy bien, dijo Chole, diviértete.

—Y luego, añadió Luisa fijando los penetrantes ojos en los de su amiga, las lenguas que despedazan sin misericordia la honra de mi hermano, sin estar bien enteradas de los sucesos.

—Qué caso haces de los difamadores, repuso Chole.

—Por supuesto, agregó Julia, á Ricar-

do se le subió un poquito el vino, como á tantos se les ha subido, desde Noé, según he oído decir, que, como sabes, era un santo. Eso es muy disculpable. No te preocupes por esas pequeñeces.

En esos momentos, doña Tula y don Juan aparecieron en la puerta de la recámara; llevaba aquélla al Niño Jesús en un cojín de raso blanco bordado de oro. Julia corrió hacia el piano para acompañar al coro que cantaba:

“Aromas se quemen  
de plácido olor:  
delante del Niño  
derrámense flores;  
adórenle reyes  
y pobres pastores,  
y cantos entonen  
al Dios Salvador.”

En seguida, Julia con robusta voz cantó la estrofa:

“Son bellísimos tus ojos  
Y rizado tu cabello,  
Como alabastro tu cuello,  
Pura tu boca infantil.  
¡Qué agraciados son tus brazos!  
Tus manos ¡qué delicadas!  
Suavísimas tus miradas  
Como las áuras de Abril.”

Entre tanto, los padrinos, recorriendo la sala presentaban al Niño á los concurrentes para que le adorasen. Concluida la adoración, Doña Tula acostó al Niño, sobre el musgo preparado en el portalito del nacimiento y los pitos de agua, los panderos las castañuelas, las campanitas, sonaron á la vez acompañados de la jubilosa allgazara de los chicuelos, que aumentó cuando doña Tula, tendiendo la diestra hacia una gran bandeja que le presentó Eva, empezó á arrojar puños de cacahuates y confites á los niños.

En esos momentos entró don Manuel de Avendaño; después de saludar, se quedó contemplando con inefable sonrisa á los regocijados chicuelos. Tenía para él poderoso atractivo la inocencia. Quizá, pensaba, como he sido tan malo, me encanta lo que perdí desde niño.

—Mira, mira al nuevo San Agustín, dijo á su vecina una jamona emperogilada de cuerpo y destantalada de juicio, que adelgazaba la voz como niña consentida, y en la imposibilidad de atrapar marido, aunque estuviese ya picado de la polilla de la edad, perseguía con suplicantes miradas á los jóvenes imberbes.

—Dicen que era muy malo, contestóle la vecina.

—Sí, el escándalo de la ciudad, el terror de las familias honradas.

—Pero hoy es un santo.

—Si no lo es, á lo menos, lo parece.

—No descansan un momento esos ojos, dijo Chole á Julia.

—Estaba observando á César que no aparta la vista de Consuelo.

—Y yo á Angelito, que de asiento en asiento se va acercando á Eva. A que se atreve el tímido.

—¿Cuál es más guapo?

—César.

—No, Angelito.

—No eres franca. Y Gustavo de verdad es buen mozo.

—Es muy amable y muy simpático.

—Calla, que se encela tu guapo.

—Peor para él; ya se lo he dicho muchas veces: Fausto, yo no puedo dejar de ver á los guapos como tú.

—Y ¿qué te contesta?

—Se enfurruña; pero á mí me encanta verle celoso.

—Eres incapaz.

Julia dejó escapar una argentina carcajada y se levantó de su asiento para cogerse del brazo que le presentaba su guapo, pues la invitación "al comedor," acababa de oírse en el salón.

—Abríguense, clamó Paquita, porque

el frío es intenso. Ya saben ustedes que en Zacatecas no hay Nochebuena sin frío.

Entraron todos al comedor; el señor de Avendaño ocupó la cabecera, y cerca de éste se sentaron Gustavo y Paquita. César, sin esperar ninguna indicación, sentóse junto á Consuelo, y el doctor al lado de Julia. Angelito miraba el asiento vacío junto á Eva, pero no se atrevía á ocuparlo, hasta que Gustavo, señalándose-lo, le dijo:

—Siéntese usted, Angelito.

Todo el mundo nombraba al joven por el diminutivo, y estaba tan acostumbrado á oírlo, que si por excepción no lo empleaban, oía el nombre de Angel como extraño del todo á él.

La cena estaba incitante. Ocupaban alternándose el centro de la mesa platonos de buñuelos y jarros llenos de distintos atoles que exhalaban cálido vapor: había de leche, de pinole, de grano y de cáscara. A los chiquillos se les sentó en una mesa aparte.

—Mis buñuelos, gritaba Bebesito, golpeando la mesa con una cuchara.

—Quiero buñuelos, decía impaciente Mimí.

Y los demás chicos dirigían codiciosas miradas á los platonos rebosantes del favorito manjar de Nochebuena.

A cada comensal se le sirvió un jarro del atole elegido y un platillo de buñuelos de distintas formas, tamaños y colores; los había redondos, esponjados y lustrosos; pequeños, azules, rosa, verdes y blancos en forma de rombo; delgados como papel y revolcados en polvos de azúcar y canela; "taquitos" rellenos de crema ó cajeta, para la confección de los cuales era Paquita una notabilidad, á lo menos, por tal fué reconocida y unánimemente aclamada por los invitados.

Entre buñuelo y buñuelo y tragos de atole, César, Fausto y hasta Angelito, aunque con menos bríos, emprendían el asalto de las sitiadas fortalezas.

—Consuelo, dijo César, una reina estaría satisfecha de ser amada como amo yo; pero usted....

—Le agradezco su cariño, mas no puedo corresponderle.

—¿Tiene usted novio?

—No.

—¿Me prometeré siquiera esperar?

—No lo sé.

Y César suspira, atúzase el luengo bigote y quédase contemplando aquel rostro de atractiva suavidad.

—Julia, me haces sufrir mucho, dijo el doctor.

—¿Por qué? contestó la joven con son-

risa que parecía traidora y fijando en Fausto aquellos triunfadores ojos.

—Porque... mas no quiero mortificarte; me conoces, soy egoísta, y te amo tanto, que no quisiera que nadie me robase ni una mirada tuya.

—Eres celoso, ó lo que es lo mismo, tonto. ¿Qué, porque una tiene novio ha de cerrar los ojos para no ver á nadie?

—Si yo no exijo tanto; pero tus amigos te censuran, y yo.....

—Para la media noche estamos á mano: ojo por ojo, diente por diente, ó lo que es lo mismo: censura por censura. ¿Quieres que sea hipócrita como algunas de ellas? Te quiero, mi guapo, y me has de querer así como soy, con todos mis defectos. Dijo, y se quedó mirando á Fausto, como acariciándole con la vista. Este suspiró y correspondió rendido á la tierra mirada de Julia.

—Yo la quiero de verdad, decía Angelito á Eva.

—Gracias, Angelito.

—Pero ¿nada me dice usted?

—Ya se lo he dicho: agradezco ese cariño.

—Mas, yo quisiera.....

El joven no pudo continuar, anudósele la garganta, bajó los ojos, y de ellos se escaparon dos lágrimas. Eva enterneció-

se, y maquinalmente, sin deliberación dijo compasiva á Angelito:

—Quizá algún día, espere usted.

El corazón del enamorado doncel ensanchóse hasta ahogarle casi la emoción. Le acababa de sonreír el ángel de la esperanza.

Eva sintió la atracción de dos ojos que la miraban con persistencia y volvió la faz: eran los de Luisa que parecían decirle: Ingrata. Y Eva se sintió avergonzada.

---

## XIX

Don Manuel de Avendaño había pasado de una situación de desesperante hastío, á otra que juzgó de tregua, en la cual no podía comprender los anhelos y aspiraciones de su alma. Más que escéptico, había sido egoísta. Acostumbrado á triunfar con el oro, no creía en la fortaleza de la virtud. Para él todo en el mundo se vendía, la cuestión era de precio, más alto ó más bajo. Puesta la humana honradez, solía decir, en el platillo de una balanza, hay que echar oro en la otra, y llega al fin un momento en que el peso de éste hace inclinar el fiel. En su vida agi-

tada había descubierto, sin intentarlo de propósito, graves faltas de hombres considerados en la sociedad como modelos de honradez, y no sólo había confirmado sus opiniones sino que había creído más racional presentarse ante todos tal cual era. De buena fe creía que, ciertas pasiones eran indomables y había que satisfacer sus exigencias, y que el yo era el punto objetivo de todos nuestros anhelos. Si alguna vez obró el bien, fué maquinalmente, y casi siempre un acto primo, pues cuando á sus obras precedía la deliberación, pensaba si lo que iba á ejecutar podía traerle algún provecho ó abrirle vía para el contentamiento de las pasiones. Estas ideas despeñáronle de abismo en abismo hasta el profundo del hastío, y por un camino jamás por él esperado, llegó un día en que pareciale posible la existencia de la virtud. El había visto el mundo sólo por un lado, doblegarse dócil al poder del oro, y en la satisfacción de los deseos del corazón, el señor de Avendaño había hallado indecible amargura. Un día, una obra buena derrama en su atribulada alma una gota de néctar, comprende entonces que el hombre pueda amar el bien y amarle con vehemencia, vuelve la vista hacia esa otra parte del mundo para él totalmente desconocida; observa, me-

dita y cree. Si yo siento placer en una sólo obra buena, piensa, el hábito del bien obrar, forzosamente tiene que regalarme con dulzuras para mí hasta hoy no sentidas. He aquí el camino de mi felicidad, que en vano busqué en otra parte. La gracia terminó la obra empezada y el señor de Avendaño gustó, en efecto, dulzuras que jamás había gustado.

Había probado una gota, una sola gota del manjar que hinche los corazones de los buenos, y aquella suavidad incomparable, no sólo curó el hastío, sino que le infundió hambre de sólidos y duraderos bienes. Tranquilo y feliz pensó que en el mundo nada podría ya turbar aquella ventura, ni arrebatarle la paz, valiosa recompensa de las buenas acciones. Mas ¡ay! olvidaba que la tierra es un campo de eterna lucha; que la tentación es la implacable enemiga de los justos y que sólo ciñe la inmortal corona el que sale victorioso hasta el fin de la jornada. Sintióse lleno de vigor y de vida, como si para él empezase una nueva juventud, y las malas pasiones empezaron de repente á erguirse pujantes y amenazadoras. Don Manuel recibió con despreciativa sonrisa las embestidas de aquellas fieras desterradas que volvían hambrientas al corazón donde fueron cebadas hasta el hastío. Confiado

dejólas acercarse mucho, y presto sintió el golpe de su enconosa garra. Los abandonados placeres le llamaban á gritos, y prometíanle, no el anterior desconsuelo y cansancio, sino perdurables delicias. Crecía gigantesca ante sus ojos la belleza de las jóvenes, á quienes miraba, y amorosas visiones arrullaban su intranquilo sueño. La tentación le perseguía por todas partes, le acechaba, le acometía impetuosa y casi le derribaba. Inconscientemente pensaba que no eran los placeres los que le habían hastiado, sino su falta de discreción en no gozarlos moderadamente; aun llegó á admirarse de haber creído que la satisfacción de sus gustos le hubiese conducido hasta las puertas de la muerte.

La lucha se prolongaba y había instantes en que don Manuel lloraba, y no sabía si aquel llanto era de temor, de pena ó de desaliento.

A su pesar presentábanse á su imaginación, sonrientes y provocativos, los hechiceros semblantes de jóvenes á quienes antaño había conocido; pero con insistencia tal, que algunas veces aquel carácter vivo y enérgico, andió en ira por no poder alejar de sí las visiones que le conturbaban.

Huía don Manuel cautelosamente del

ocio y de la soledad; pero por la noche, apenas inclinaba la cabeza en la almohada, desfilaban ante su mente en seductora procesión, las beldades que había tratado. En voluptuoso adormecimiento estremecíase de placer, parecíale escuchar misteriosos cantos y aspirar arrobadores perfumes, y todos los recuerdos de una vida disipada, venían á su calenturienta imaginación despojados de su deformidad y revestidos de fascinador atractivo.

La astuta tentación murmuraba al oído del rico zacatecano: No supiste gozar, por eso te cansaste. A medida que la tormenta arreciaba, sentía debilitarse la resolución de ser bueno. El camino del deber parecíale áspero y triste; despertaba sudoroso, jadeante y se desahogaba en suspiros del peso que le oprimía.

Después de una de esas noches de combates más terribles que los de un poderoso ejército contra otro no menos fuerte; combates silenciosos, que harían llorar de lástima ó temblar de espanto al que los comprendiera, don Manuel sintióse completamente desfallecido.

Entraba la luz del matutino crepúsculo por la semientornada ventana de la alcoba y huían las nocturnas visiones; pero permanecían y aun se vigorizaban las impresiones por ellas producidas.

Don Manuel abstraído, malhumorado, no gozó del suave regocijo que en otro tiempo inundaba su espíritu al sentir el rumor de un nuevo día. Levantóse contrariado y mohino, se desayunó de mala gana y fuese á su despacho. No podía trabajar, su espíritu estaba inquieto. Levantó los ojos al cielo con visible desaliento, dejóse caer en un sillón, hundió la cabeza entre las manos, y quedóse en profunda meditación. ¿Parlamentaba con el enemigo, ó era el momento decisivo de la lucha? Forzosamente era una de las dos cosas. De repente iérguese, la faz lesta sombría, la mirada centelleante, quizá iba á sucumbir, cuando Fr. Agustín aparece en la puerta del despacho. Quedóse contemplando á don Manuel, cuyo semblante á la mirada sagaz y acariciadora del fraile, va recobrando la habitual calma.

—He llegado á tiempo, hijo mío, le digo: es la hora terrible de la tentación. Velaba por usted, la esperaba; he contado los días, las horas, los minutos y hasta los instantes y Dios me ha dado acierto. Bendita sea su inagotable bondad! Ahora sí, es usted un héroe, ha vencido; leo en sus ojos la victoria; pero el peligro ha sido mortal. En lo sucesivo será usted más cauto.

—¡Ay, Padre, respondió don Manuel

poseído aún de pánico, no creo que todas mis pasiones se diesen cita una noche para venir á secuestrar al que en otro tiempo les perteneció por completo! Tiene usted razón, en lo sucesivo seré más cauto.

—¿Gusta vd. que pasemos el día de hoy en la Villa de Guadalupe? En aquella celda donde usted me conoció, hay ocultos regalos para los hijos mimados. Allí enseñaré á usted á vencer esas tentaciones, cuyos ímpetus le acometerán mientras viva.

—Sí, Padre, vamos, luego: allí reina la brisa sana y vivificadora para el alma, como en el campo para el cuerpo; allí el espíritu contempla la luz, que acá frecuentemente velan las nubes de los negocios. Vamos á Guadalupe.

En el semblante de don Manuel brilló de nuevo la alegría; en el de Fr. Agustín era tan intensa, que se transfiguraba su rostro.

---

 XX

Ninguno de los concurrentes á la casa de Gustavo oyó las pocas palabras que se cruzaron entre Angelito y Eva; pero ésta, por educación, y por gratitud, más relevante en un carácter tierno y fogoso co-

mo el suyo, estuvo muy amable con el joven. Esto bastó para que desde esa misma noche circulara el rumor, que fué público al día siguiente, de que Eva había correspondido á Angelito. Ricardo, desde el día del escándalo que le arrojó á la cárcel, no había vuelto á salir de su casa; pero no sentía ya tan enconosa la espina de la vergüenza y de la humillación clavada en su alma. El tiempo, que, según el proloquio inglés, es oro, según la fe, puede en un instante de perfecto amor, conquistar el cielo, es también el único, el eficaz lenitivo de todos los dolores. Habíase debilitado en el joven ingeniero la idea, antes persistente de abandonar la tierra natal y no volver á ella sino cuando hubiesen olvidado al calavera de hoy y conocieran al hombre intelectual, elevado por sus propios esfuerzos y estimado por su buena conducta; pero al saber por el público rumor que su único ideal en la tierra, su Eva tan amada, era novia de otro, sintió la sangre enardecida por la ira y el despecho, y volvió á su anterior resolución. Mas antes de partir, se dijo: necesito hablar á la traidora y convencerme de su traición. ¡Si lo he de ver y no lo he de creer! añadió. Tanta fe tenía en el cariño de Eva. Y el que no había podido, ó no había querido

ser fiel á su amada, en lugar de volver los ojos á su propia conciencia y mirar en ella la causa de sus desdichas, volvíase iracundo contra la engañada inocencia, y Ricardo, despreciando los ruegos de su hermana, encaminóse inquieto y celoso hacia la casa de Eva. Cuando pasó frente á la Catedral dió el reloj las ocho de la noche, y el joven apresuró el paso.

Eva y Consuelo estaban en una pieza de la planta baja, sentadas en sillones, á uno y otro lado de la ventana abierta de par en par. La noche era hermosa, la suave claridad de la luna, iluminaba parte del cuarto y bañaba los semblantes de las jóvenes que soñaban despiertas.

—Para hablarte con verdad, decía Eva á Consuelo, pagaría agradecida el cariño de Angelito con el mío, si Ricardo no me quisiese; me impresiona mucho que Angelito me quiera; su boca dice poco, muy poco, pero su alma se le sale por los ojos.

No sé para qué se le ocurrió quererme, á mí no me gusta ver sufrir á los demás.

La huérfana bajó pensativa la cabeza; ideas confusas se agrupaban en su mente y se esforzaba en verlas con claridad. Conocía bien á su hermana adoptiva: era muy buena, muy compasiva, pero ¿sería constante? ¿Por ventura necesitaría Eva la presencia del objeto amado, sus cuoti-

dianas ternuras para alimentar un cariño, que de otra manera se extinguiría por falta de calor? Parecíale á la niña que ella había conocido caracteres así y se estre meció de placer.

—¿Quieres mucho á Ricardo? preguntó á Eva con trémula voz.

—Sí, pero estoy enojada, muy enojada con él y no le volveré á hablar nunca, nunca.

—¿Por qué?

—Yo esperaba que insistiese en nuestras relaciones, que se disculpase, aunque fuera con mentiras, que me diese pruebas de enmienda. ¿Qué nada vale para él mi cariño? Te aseguro que me ha irritado mucho el que no me haya escrito.

—Pero si le dijiste que acababa todo entre los dos.

—No importa, se insiste.

—Le vuelves á despreciar.

—El vuelve á rogarme; el verdadero amor no retrocede ante nada, y... al fin nos entendemos.

Consuelo suspiró.

—¡Qué preocupación! dijo Eva después de un rato de silencio, ¿oyes pasos por la calle? Suenan como los de Ricardo.

—Estoy segura que es él, repuso Consuelo.

—¡No lo permita Dios! clamó Eva.

Y ambas jóvenes al mismo tiempo pusieron en pie y se dirigieron á la ventana.

Eva retrocedió luego, había conocido á Ricardo, Consuelo quedóse inmóvil, asida á los hierros de la ventana, y fijó su dulce mirada en el rostro del joven: estaba ávida de mirarle. Ricardo armóse de resolución y detúvose frente á la ventana.

—Buenas noches, Consuelo, díjole el joven, ¿se fué Eva?

—Sí, se fué.

—Pero está allí dentro.

Consuelo volvió el rostro como para buscar á su hermana que estaba en un ángulo de la pieza y le hacía con el índice una señal negativa.

—No, Ricardo, no está, contestó la rubia, mirando al ingeniero con tan tierna y profunda mirada, que éste se sintió impresionado. Guardó silencio un momento, y luego, estrechando suplicante con ambas manos la suave y diminuta diestra de Consuelo, le dijo:

—Por Dios, Consuelo, dígame usted la verdad. ¿Es cierto que Eva se casa con Angelito?

Consuelo no podía responder; la había adormecido el contacto de aquellas manos; un torrente de lágrimas que nunca salen á los ojos, bañaba su corazón.

—¿No me responde usted?

—Alguien viene, repuso la niña, profundamente turbada. Luego volvió otra vez el rostro, como para dar á entender á Ricardo que alguna persona entraba á la habitación. Vió entonces á Eva que con la cabeza le hacía una señal afirmativa.

—Le suplico con toda mi alma, repitió Ricardo, sin soltar la mano de la enamorada rubia, que me diga la verdad. ¿Se casa Eva con Angelito?

—Sí, contestó Consuelo, obedeciendo de buena voluntad la consigna de su hermana, y aquellos amables ángeles parecían gozarse en el sufrimiento del sér amado.

Ricardo no pudo articular palabra, inclinó la cabeza al peso del dolor, y su frente calenturienta posóse en las manos de Consuelo, quien las sintió quemadas por las candentes lágrimas del joven. Así permaneció por unos instantes, pero vino presto la reacción, é irguiéndose con altivez, soltó las manos de Consuelo y dijo con entereza.

—Adiós para siempre.